

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año VIII

28 de Agosto de 1938

No. 343

HCR  
056  
R454-rc



Don Santiago Crespo

"Revista Costarricense" se siente honrada al presentar a sus suscritores la fotografia de don Santiago Crespo, gran benefactor del Asilo de Incurables, quien generosamente donó el hermoso pabellón que se inauguró el domingo 21 del presente.





4  
056  
R454M  
C.R.



**Contra  
diarrea**

*tomamos, mamá,  
papá y yo siempre*

TABLETAS DE

**Eldoformo**



No economice retirando la buena prensa que salva su hogar. Economice retirando la prensa impia, las novelas, revistas y libros malos.

## Bettina de Holst Hijos

Ha recibido un inmenso surtido de flores para altares, y para adornos en los vestidos. Encajes y bordados para manteles de altares, géneros para albas y todo lo referente a adornos de iglesia.

Bellísimos galones de seda y de metal, para ornamentos.  
Para la Primera Comuni3n de sus niños encontrará todo lo que Ud. necesita.



DIRECTORA:

Sara Casal Vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de habitación  
BARRIO: Estación del Atlántico  
Avenida 1a. — Calles 27-29

## REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI  
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 28 de Agosto 1938

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

## Inauguración del Salón Santiago Crespo

Finamente invitados por el señor Presidente del Asilo de Incurables don Jaime Bennett y por el señor Rector de la institución don Fausto Coto Montero, asistimos al solemne acto que resultó verdaderamente bellissimo y conmovedor.

El excelentísimo Señor Nuncio de su Santidad Monseñor Carlos Chiarlo bendijo el salón lo que le dió más solemnidad al acto.

La muy distinguida y querida señora esposa del Señor Presidente de la República doña Julia de Cortés honró con su presencia el homenaje que nuestra sociedad quería ofrecerle a don Santiago Crespo por el acto de desprendimiento y altruismo que ha tenido, donando tan hermoso salón para los queridos viejecitos que no tienen un techo amoroso que los cubra en los últimos días de su vida.

La concurrencia fué selecta y muy numerosa, el salón y corredores no eran suficientes para dar cabida a los asistentes. Todos se mostraban felices, queriendo unirse al entusiasmo y agradecimiento que ha despertado este generoso obsequio de uno que nació en nuestra Madre Patria, España, que se ha identificado de tal manera con nuestra vida que hoy no lo podemos considerar como extranjero, sino como un buen hermano costarricense; uno que siente en su corazón el dolor de los ancianos que no tienen amparo en la vida, y quiso ser él, el que les diera abrigo para que sus pasos vacilantes no marchen indecisos de aquí y de allá en busca de quien los reciba en su hogar, sino que seguros puedan llegar y decir: Yo quiero pasar mis últimos días en el "Salón Santiago Crespo", quiero que mi último suspiro sea un acto de agradecimiento, una oración que salga de mi corazón bendiciendo a esa alma generosa; a don Santiago y también a su querida familia.

Nosotros que conocemos hace tiempo a don Santiago, que se nos ha contado todo lo que su buen corazón hace para ayudar a sus semejantes, no nos sorprendió su donativo.

Don Santiago en su finca es un verdadero padre que vela por todos los que trabajan en ella, les paga buenos salarios, les dá donde siembran y todo lo que los pobres necesitan, medicinas, alojamiento; y sus trabajadores lo quieren mucho.

Ojalá que este acto de don Santiago tenga imitadores, que sirva de ejemplo a tantos que podrían hacer igual sacrificio y que siendo costarricenses permanecen indiferentes, y no los conmueve ninguna necesidad. Ojalá que en esos corazones sin amor, este acto despierte en ellos los deseos de hacer aunque fuera un pequeño sacrificio para el bien de sus hermanos. Cuando contemplábamos a don Santiago, sentado en el sitio de honor, al lado del Sr. Nuncio de su Santidad, tan humilde, como si aquel acto de él fuera lo más natural, sentimos envidia... y pensamos: ¿qué feliz debe sentirse con este homenaje; qué satisfactorio debe ser poseer mucho dinero para hacer el bien... Y pensando en Dios que es todo amor y justicia... cómo debe enviar sus bendiciones a los que se desprenden alegremente del dinero para hacer obras de caridad.

La vida es muy corta.. y en la tumba todo concluye, pero las buenas obras perduran no solo en el corazón de los humanos, sino lo que es mejor en el Corazón de Dios.

Las bellas palabras de agradecimiento que el Señor Ministro de Salubridad Dr. Peña Chavarría en nombre del Gobierno de la República dirigió a don Santiago Crespo fueron tan elogiosas como oportunas.



*Don Fausto Coto Montero en nombre de la directiva pronunció un elocuente discurso exaltando el altruismo y el gran amor para sus semejantes de don Santiago Crespo, estaba emocionado y se conocía que quería mostrarle todo el agradecimiento que los costarricenses guardaremos en nuestros corazones para don Santiago.*

*Amenizó el acto la banda del Oratorio Festivo y ejecutaron piezas tan admirablemente que*

*fueron objeto de muchos aplausos.*

*Un coro de niñas de la Escuela Vitalia Magrigo cantó dos números y fueron muy aplaudidas.*

*Para terminar los buenos amigos de don Santiago fuimos a darle nuestro abrazo fraternal de agradecimiento, que Dios se lo pague como él lo merece.*

Sara Casal Vda. de Quirós

## Honra a tu Padre y a tu Madre

LA BIBLIA; ese libro en cuya meditación se han abismado muchos sabios y grandes santos y cuya poesía divina han cantado grandes vates, encierra en sus páginas verdades sublimes, para todos los tiempos y para todos los hombres.

Ese libro "divino y maravilloso que contiene los anales del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, de Dios y de las criaturas, es en dogma el maestro de la Iglesia, en moral, el código eterno de la humanidad y en historia el fiel relato de lo pasado"... Negarlo, sería negar la historia de la humanidad y la tradición de un pueblo grande y escogido — ISRAEL—que descansó a su sombra cientos de siglos. Sus páginas, por desgracia poco leídas y menos comprendidas, son el anuncio de grandes promesas y de terribles castigos. De ese código divino y eterno del hombre, es que se aleja hoy la humanidad enfatuada, enferma y llena de orgullo y se pierde porque "ha descendido de las regiones de la luz y de los principios al fango de las emociones y de los sentidos", porque están enfermas las almas. Allí están los grandes preceptos del amor a Dios que es "la suprema ley y el gran deber que resume todos los deberes" y el amor al hombre, como al prójimo, como al hermano. Hojeando ese gran libro, en una de sus partes, "El Eclesiástico" se encuentra una gran recompensa; oíd:

"Honora Patrem... Honra a tu padre y a tu madre para que te valla bien a tí". Este es el cuarto mandamiento. Hoy, que todo se niega en nombre de un libertinaje absurdo, y que no se reconoce autoridad alguna, es preciso recordar este mandato, establecido para el bienestar de la familia. —EL HOGAR—que es fundamento y base de la humana sociedad. Debemos honrar y respetar a nuestros padres, pues, después de Dios, les debemos la existencia y lo que somos; al padre, sobre cuya frente depositó el tiempo, las inquietudes y trabajos de la vida blanca y argentada aureola de la senectud; a la madre, ese sér casi divino que lleva impresa en el alma toda la abnegación de un mártir y toda la grandeza de un héroe, en cuyo regazo aprendimos la plegaria, primera y es muchas veces, quien recibe sobre su seno el dolor de la última lágrima. La misma Biblia nos habla de grandes bienes para el hijo bueno, como de grandes castigos para el malo; son bendiciones divinas de que podemos disfrutar, cumpliendo el mandato. Seis son las bendiciones de Dios, oíd: la primera es, larga vida: "El que honra a su padre, vivirá vida más larga". La segunda, el consuelo de sus hijos, "El que honra a su padre se regocijará en sus hijos". La tercera, de estabilidad en su fortuna: "La bendición del padre da firmeza a las casas de los hijos". La cuarta, de estimación



y exaltación: "La gloria del hombre nace del honor de su padre". La quinta, de perdón de los pecados cometidos: "Recibe la ancianidad de tu padre, y como se deshace la escarcha en tiempo sereno, así se desharán tus pecados". La sexta, es la felicidad eterna después de la muerte: "Honra a tu padre para que venga sobre tí su ben-

dición y permanezca contigo para siempre".

Grandes promesas son estas en verdad, de felicidad en este mundo y ultraterrena, para aquellos hijos buenos y generosos que saben cumplir bien, con el cuarto mandamiento de la ley divina.

E. Ferreras (Venezolano)

## La Venerable Luisa de Francia

(Continuación)

En medio de la brillante y disipada vida de la corte, la joven princesa reflexionaba llegando a la conclusión siguiente: "Todo lo que me rodea parece invitarme a permanecer en este mundo con su aparente dicha y alegría, pero la voz interior me dice bien claro que no es sino un lugar de peregrinación y destierro".

Impresión profunda causó en la joven, que entonces contaba catorce años, el acto de tomar el velo en el convento de las carmelitas, la joven condesa de Rupelmonde, que en el transcurso de un año había perdido padre, esposo e hijo. Luisa que con su madre asistió a la ceremonia, dijo luego: "Eso es tener valor; de este modo se conquista el cielo". Informóse después sobre la vida del convento con tanta detención, que la priora la contestó en tono festivo: "Cualquiera podría suponer que Madame misma piensa convertirse en hija de Santa Teresa". ¿Por qué no?" replicó la princesa, "¡ya que las hijas de Santa Teresa son tan felices!"

Acabado contraste con Fontevault ofreció Versailles a las miradas de Luisa; más el espectáculo que esta residencia le presentaba no era el del bien, sino el del mal. Conoció el pecado y comprendió la necesidad de la penitencia. Quiso entonces salvar no solo su propia alma, sino también la de su padre, cuya conducta vituperable justificaba con exceso el temor de que esta-

ba labrando su perdición.

Siempre que le era posible iba a ver a las Carmelitas, que tenían un convento en las cercanías del palacio, y a menudo también se dirigía hacia el convento de las benedictinas cerca de Compiègne, para hablar confidencialmente de sus planes con la abadesa madame de Soulanges, su antigua institutriz.

Tras haberse entregado a fervientes oraciones así como a reflexiones serias, y haber celebrado largas entrevistas con las personas indicadas para el caso, Luisa acabó por decirse a sí misma: "El Señor me llama a su santo servicio. Entraré en la orden carmelita, a fin de que mi padre vuelva a Dios".

"Hallábase entonces en el vigésimo quinto año de su vida, y desde este momento tuvo que emprender la tarea difícilísima de obtener el permiso del rey para poner en ejecución su proyecto.

Paulatinamente se hizo el vacío alrededor de la princesa; la muerte arrancó de su lado a dos hermanas, al Delfín, su excelente hermano, a su hermana política, y por fin también a su querida madre. Esta, en su lecho de muerte, abrió de nuevo su corazón a la hija, confiándole sus cuitas referente al rey y Luisa determinó entonces el paso decisivo. Redobló sus ayunos y prácticas de penitencia y rogó por fin a Monseñor Cristóbal Beaumont, Arzobispo de París, que solicitase el consentimiento de su padre.



El rey se mostró al principio sumamente excitado y contrariado, quedando sumido luego en profundas reflexiones, que de vez en cuando interrumpía, exclamando: "¡Esto es cruel, es harto cruel!" ¡Pero por fin, dirigiéndose al obispo, le dijo "Ya que Dios la quiere para sí, no puedo yo negársela".

Grande fue el júbilo de Luisa al saber la respuesta de su padre, y silenciosamente preparó su marcha. El 11 de abril de 1770 partió para el convento de Saint Denis, acompañada tan solo de su dama y un caballero de la corte. Nadie sospechaba el motivo del viaje, de modo que sus acompañantes quedaron en extremo sorprendidos cuando, al llegar a la puerta del convento, la princesa les hizo saber que no volvería a Versailles. No menos grande fue la sorpresa de las religiosas al ver que Luisa, arrodillándose delante de la comunidad reunida, exclamó: "¡Os ruego, hermanas, que me acogáis entre vosotras y que olvidéis lo que he sido en el mundo! ¡Rogad por el rey y por mí!

La inesperada noticia fue recibida en la corte con una sonrisa sarcástica por los elementos ruines; los filósofos ateos se mostraron indignados, los espíritus cultos censuraron a la princesa, los piadosos la admiraron, la gente baja la compadeció; pero muchos empezaron a reflexionar, y algunos de los que desde mucho tiempo hacían gala de cierta indiferencia volvieron a acercarse a la mesa del Señor. La nueva carmelita se sentía feliz.

El 10 de setiembre del mismo año tuvo lugar su profesión religiosa. La joven delfina María Antonieta de Austria, que pocos meses antes había hecho su entrada en París, había de entregarle el velo negro. La real novicia dejó el simbólico velo Blanco y apareció en el humilde presbiterio con su espléndido traje de princesa y con todo el aparato real de una hija de Francia, como una última despedida al mundo. Al

terminar la misa y cesar los cánticos, apareció de nuevo la princesa, vestida ya con el sayal de las carmelitas. Acercóse a la delfina y arrodillóse ante ella con las manos juntas, la cabeza baja. María Antonieta echó sobre sus espaldas el burdo manto, cubrió su cabeza con el negro velo, y la princesa real Luisa de Francia quedó sepultada para siempre bajo el humilde nombre de Sor Teresa de San Agustín.

Pronto le fue confiado el cuidado de las novicias, y en el año 1773 el cargo de Priora. Al año siguiente, al encontrarse Luis XV en el trance de la muerte, Luisa, o mejor dicho, Sor Teresa de San Agustín, tuvo la gran satisfacción de saber que repetidas veces se había confesado, dando muestras de verdadero arrepentimiento y haciendo al mismo tiempo reparación pública por los escándalos que había dado durante su vida. "¡Qué consuelo! exclamó, "mi satisfacción es completa". El Señor acabó por ser dueño de su alma. Ahora estoy dispuesta para todo!

Observando fielmente la regla de la orden, llevó una vida de oración ferviente y de constante mortificación. Asimismo al entrar en el claustro pidió a sus hermanas en religión que olvidasen era princesa real, y ella misma parecía haber olvidado su alta alcurnia.

Un día, un predicador, al principiar y terminar su oración hizo entusiastas alocuciones a la princesa, y ésta, al verle luego en el locutorio, le dijo: "Habéis hecho un hermoso sermón; sin embargo, su parte buena, como la del pescado, se halló entre la cabeza y la cola".

El 23 de diciembre del año 1787 se extinguió su heroica vida de sacrificio. En vista de que, merced a su intercesión, se obtuvieron gran número de gracias, fue pedida la iniciación del proceso de su beatificación, cuyo resultado fue que el 19 de junio de 1877 el Papa IX honrara con el título de "Venerable" a la piadosa princesa.



## Doña María Valenciano Vda. de Villalobos

Doña María Valenciano Vda. de Villalobos dejó de existir a la edad de 82 años; pocas personas llegan a esa edad con la sonrisa en los labios como doña María. Cada vez que la visitábamos nos hacía la impresión de una muchachita encantadora, afable, cariñosa y buena.

Doña María fue una verdadera cristiana, caritativa y su piedad la hizo acreedora a la veneración de todos los que tuvimos la dicha de conocerla y considerarla como nuestra buena amiga.

Para sus hijos ha sido una pérdida irreparable y deben sentirse profundamente tristes al no tener a su querida

viejecita, pero deben pensar que ella desde el cielo continuará velando por ellos.

Enviamos nuestro más sentido pésame a sus apreciables hijos don Isidro Villalobos, don Nicolás Torres, y señora doña Amelia Villalobos de Torres, y a su querida hermana Erlinda Valenciano de Montero, residentes en Lagunilla de Heredia.

No olvidaremos rogar de todo corazón por el eterno descanso del alma de nuestra inolvidable amiga y rogamos a nuestros suscritores unirse a nuestras oraciones por ella.

## Regalo de Boda de una Madre a su Hijo

El hombre que tiene la dicha de poseer por esposa una mujer que se dé cuenta de la trascendencia de su misión, como reina de la casa, sabe que de ella dimana, en gran parte, la prosperidad doméstica, la salud y buena educación de los hijos y el general bienestar.

Una mujer penetrada de su cometido, atiende además a su casa para procurarse utilidades y ornato; vigila con buen juicio la parte higiénica y se vale de su buen gusto para cuanto sea elegante y artístico.

Con el orden, el primor, la bondad, el cuidado y la dulzura, es muy capaz de reparar los contratiempos económicos, de convertir la comodidad en fausto y la penuria en comodidad. Es en realidad una mujer de buen gobierno, con toda la importancia y propiedad que la palabra significa. Y por lo mismo, a todo y a todos gobierna: educa a sus hijos, cuida a sus enfermos, corrige a los criados, destierra las frases vulgares y los modales rudos y groseros.

La mujer amante de su hogar al que atiende con acierto, economía y buen gusto, es en verdad su providencia.

Procure, sin embargo, el hombre no abusar de las dotes caseras de su esposa, ni caiga en la torpe creencia de juzgar que para toda aspiración y afán intelectual y moral sean bastantes las atenciones de su morada.

Porque la mujer, al igual que el hombre, ha menester de algunas delicadas y lícitas distracciones; precisa que pasee al aire libre, que platique con personas educadas, que se solace con la música, se embriague con las exquisiteces del arte y con interesantes y amenas lecturas.

Cuanta mayor sea la inteligencia y ternura de la mujer, tanto más tiende su alma a las bellezas de la naturaleza y del arte y a deleitarse en compañía de las personas cultas y las lecturas escogidas.

El marido previsor amén de agradecido, no debe desaprovechar las oportunidades que se ofrezcan para llevar consigo a su esposa a visitar sitios nuevos y pintorescos; a algún concierto o exposición de arte; al teatro algunas veces y con mayor frecuencia ante la buena y selecta sociedad.

La monotonía es enojosa y mengua las ener-



gías. Los honestos solaces en la casa y fuera de ella, hacen que se goce luego del reposo para emprender de nuevo y con vigor las faenas caseras.

El marido previsor y con amabilidad bastante para procurar a su esposa algún esparcimiento, evita las comparaciones enojosas, ahórrase lamentaciones y desplantes causados por la exasperación de un deseo incumplido, y procurase a sí mismo el placer de disfrutar juntamente con su compañera, de admirar y gozar juntos de los arrobamientos artísticos, de su agradable compañía en los paseos por el campo y en las excursiones por deliciosos parajes.

CONDUCTA RARA.—Maridos he conocido que mientras trataban en familia a su esposa con las consideraciones debidas, complaciáanse delante de los demás, en mostrarse huraños, voluntariosos, y aun irónicos y mordaces. Comportamiento extraño que revela el pueril antojo de que se les crea señores y dueños absolutos de su casa, y por tal manera superiores a la esposa, que se la juzga incapaz de comprenderlos y mereciendo, por lo mismo, la burla e ironías como un ser casi digno de menosprecio.

Cara suelen pagar su arrogancia los que así proceden

El alma de la esposa se divorcia de ellos con la contrariedad que inspiran las vejaciones; la injusticia y la vulgaridad.

Perdonará la mujer un arrebato, excusará una frase, podrá mostrarse indulgente con un acto de violencia que dimane del cariño, pero no tolerará jamás que otro cualquiera que no sea ella misma repruebe su conducta, ni se someterá al criterio ajeno: no consiente y con razón, que se le denigre en su cariño, en el sincero afecto de quien ha nacido para vivir en sociedad. ¡Imagínad si este tal resulta ser su propio esposo!

Por contra, he visto otros que en su casa parecen huraños, pendencieros, descorteses y aún cosa peor, y se convierten, en presencia de los extraños, en atildados, apacibles, corteses y amables para con su esposa.

Y al verse la pobre mujer tratada con tan notoria diferencia ante las gentes, no puede menos que ver afligida su alma por el constante humor atrabiliario del marido: acúsalo de falacia y ruindad, sentimientos que, a buen seguro, no contribuyen a fomentar en su alma ni el amor ni el respeto.



## La Cortesía del Hogar

La cortesía del marido hacia la mujer y la de la mujer respecto a su marido, son acaso las mejores garantías de la paz conyugal.

El marido y la mujer pueden tener pareceres diferentes; pueden discutir hasta con cierto acaloramiento—cosa que por cierto hay que evitar en beneficio de la salud—pero deben saber retener toda palabra mortificante o simplemente descortés. De este modo las buenas relaciones no tardarán en restablecerse; la discusión no habrá tenido más importancia que la de una nube flotando en un diáfano cielo y uno de los cónyuges—el más educado—no tardará en ceder.

Por el contrario, una palabra hiriente, una palabra injuriosa llama a la tempestad y con frecuencia es difícil retornar a la calma y a la paz del hogar.

En todos los casos de la vida—salvo en los asuntos en que la mujer sería incompetente o en los pequeños asuntos de la casa, de los que el marido nada entiende—, es una prueba de deferencia mutua consultarse antes de tomar decisión alguna.

Es así como se cimenta la unión en un matrimonio. “Dos pareceres valen más que uno”, dice un proverbio, y es una gran verdad.



## NOVELA

(Continuación)

## EPILOGO

Aun está el Padre capellán con la pluma en la mano: acaba de poner la firma de su carta y se prepara a escribir el sobre, cuando unos débiles, ledos, golpecitos suenan en su puerta... la venerable puerta de tallas artísticas un poco carcomida ya en uno de sus ángulos.

—Pasa, Diego—dice sin levantar la cabeza, creyendo que es su ayuda de cámara quien desea entrar.

Pero transcurren uno, dos, tres minutos. El sobre está ya escrito y el fámulo no entra en el aposento. Don Blas se sorprende... Entonces se oye a la parte de afuera de la puerta entreabierta sobre el tellano de la gran escalinata, una tenue y suave vocecilla que solicita permiso para entrar con estas medio pronunciadas palabras:

—¿E pede pasá?

—La sonrisa que se plasma inefable y feliz en la redonda y lustrosa cara del buen sacerdote, trastorna de tal modo el rictus habitual de sus facciones que los lentes que cabalgan en su pequeña nariz, caen como revolando sobre la carpeta de su escritorio.

—¡Pasa, carifio, ¡pasa!—exclama don Blas todo fundido en ternuras.

En el marco de la puerta aparece Jorgito seguido de Madame Chamois. Es una criatura desarrollada, hermosa, sanísima, que da una singular impresión de energía y de fuerza. Tiene la sonrisa embrujadora de su madre y las pupilas dominadoras y sugestivas de los Monroy. Su cuerpecito armoniosamente proporcionado, se yergue arrogante sobre las erectas pierrecitas. Es un magnífico ejemplar de montañés criado en comunión continua con el aire, el sol y la tierra; una gloriosa prolongación de la raza de hombres de inteligencia y fortaleza y de mujeres buenas y hermosas. No hubiera logrado un ejemplar así la ilusión más pura. ¡Cómo realza esta vigorosa realidad el recuerdo de aquel Luisito enclenque y enteco,

fruto de una unión sin amor y de una naturaleza gastada! No se sabe qué luz de felicidad, qué halo de resplandores gozoso nimba el pequeño concebido en el amor y nacido en la adoración mutua del hombre y la mujer. Todo es jocundidad y bienestar en esta vida que empieza, y ese gozo de vivir que siente el niño, embellece las otras existencias viejas, reflejas de la suya.

Con los bracitos abiertos, da Jorgito una carrera y va a refugiarse junto a las sotanas amparadoras del cura y mientras éste le besa con fervor, el pequeñuelo le registra concienzudamente el bolsillo a la pesquisa de algún caramelo.

—¿No tenes un "Camelo"?

—¿Un caramelo? No Un bombón, sí.

—Pos dame bombón.

Y mientras el chiquillo hunde sus uñitas rosadas en el papel plateado del chocolate, don Blas cepilla su sotana y su gorro explayosamente.

—Le están esperando a usted para tomar el té—le avisa Madame Chamois.

—En seguida "madame".

Desfilan por los largos corredores, animados por la luz que derraman las vidrieras góticas. Silba el tren con agudas resonaciones. Son las cinco... Don Blas lleva de la mano al pequeño, plegándose a sus pasitos cortos y en un momento dado, un orgullo tierno y noble le invade... Piensa que lleva de la mano el presente feliz y el mañana glorioso de una insigne raza.

## NOTA:

*Mariquita Monleón es el título de la siguiente novela de Fafael Pérez y Pérez; en esta preciosa novelita tendrán nuestros suscritores el placer de saborear la felicidad de muchísimos personajes que han interesado tanto en las novelas que hemos publicado*



## Mariquita Monleón

### JORNADA PRIMERA

*Almenar de doña Mencía, marzo, 13...*

Esto no puede ser, no puede ser... ¡Y no puede ser!

No hay derecho a tener una muchacha de diecisiete años encerrada en un claustro; porque no es otra cosa más que un claustro... ¡la Trapa se queda en pañales!... esta casona de mis respetables tías las muy ilustres señoritas de la Cerda, descendientes de los Reyes de Aragón, según dicen ellas y yo no lo descreo, pues así lo afirma el archivo de la casa, que no miente. Bueno, ni ellas tampoco; nobleza obliga y yo debo reconocer a cada cual lo suyo: embusteras no son. Y en cuanto a su nobleza es auténtica... ¡ay!, por desgracia demasiado auténtica, porque a vueltas con la condenada nobleza me tienen frita a todas horas. Y no creo yo que al ser descendiente de los Condes Ribagorza y de Sobrarbe tenga que ver un higo de eso de tenerme encerrada y sin ver personas, y las pocas que veo por cuentagotas y midiendo las palabras y hasta los gestos para estar siempre dentro de "las conveniencias y del decoro", como dice tía Leonor, la mayorazga, o sea el sargento de la casa, porque eso es decir que nos lleva a todos en un puño. Lo que toca a mí es que le tengo pánico. Cuando siento tintinear el llavero, que lleva colgado del cinturón de la bata, por las inmediaciones de mi cuarto, se me ponen todos los pelos de punta, y creo que igual les sucede a mis tres restantes tías Berengueta, Gosina y Mencía. Ahora, que estas infelices, en fuerza de convivir con ella, y quizá porque también lo llevan en la masa de la sangre, se han hecho a sus tonterías y al aislamiento conventual del Palacio. ¡Dichoso Palacio! ¡Qué lástima no amaneciera derrumbado una mañana y ¡nos tuviéramos que ir aunque fuera a las estribaciones del Moncayo, a la hacienda de Peralejo! Al menos allí no vería tampoco personas, pero tendría libertad para correr por el campo y tomar el sol y oír cantar los pajaritos... que ni esto se me permite en este panteón donde las salidas al huerto están señaladas a horas

fijas, y con la siguiente vigilancia de una de las cuatro solteronas. ¿Por qué no se habrán casado estas mujeres? Ahora comprendo porque el pobre papá no podía resistirlas.

Mi pobre madre, la menor de todas ellas, no se les parecía en lo más mínimo. Acaso fué debido a que, como se casó tan joven, papá la educó a su gusto y en otro ambiente. De todos modos no es que se pueda decir que sean malas; ni es precisamente eso lo que yo quiero decir: al contrario, quizá pecan por un exceso de bondad que se traduce en un exagerado celo con respecto a mí. Todo creen que va a dañarme, física o moralmente. Yo creo que si fuera factible, me encerrarían en una urna como al San Antonio de Padua que tienen sobre una cómoda panzuda en el cuartito de labor. Que me quieren, y mucho, lo han demostrado siempre aunque según decía papá riéndose, en un principio les había molestado enormemente el que yo no fuese chico; su sueño dorado hubiera sido que mamá diese a luz un varón: un chicote fuerte y robusto como papá que tenía un metro ochenta de estatura y una anchura proporcional.

Parece que fui recibida por parte de las señoritas de la Cerda con manifiestas señales de enorme decepción traducida los primeros días en frialdad; seguramente mi frágil y delicada personita les pareció muy poca cosa para representar en su día a la muy ínclita familia de los Ribagorza y los Sobrarbe en una de sus principales ramas. Luego, durante cierto tiempo, esperaron en balde al heredero masculino, el cual no se dignó venir. Vinieron en cambio dos niñas más, muy monimas, muy chiquitinas como dos muñecas... ¡cuánto las quería yo!... que murieron en una epidemia de gripe, con ocho o diez días de diferencia. Mamá estaba muy delicada del corazón y no tardó tampoco mucho en dejarnos. Las tías la lloraron amargamente, depusieron toda su frialdad y se miraron en mí como en la única esperanza de su casa. Ninguna de las cuatro pensaba en casarse, sin duda porque ninguno de sus múltiples pretendientes llevaba una ejecutoria a la altura de la suya. Y víctimas propiciatorias



del fuego sagrado de la nobleza de su sangre, que de ninguna manera querían mezclar con quien no la tuviste tan azul por lo menos como la de los Cerda, se quedaron heroicamente compuestas y sin novio, dejándome a mí el desagradable honor de continuar la estirpe. Mi padre se reía a mandíbula batiente cada vez que venía a verme al convento y yo le enseñaba las cartas pintorescas que de ellas recibía; papá era como un muchacho. Igual que un muchacho muy joven y muy alegre; muy vivo y de genio. Mamá y él habían vivido tan felices...

Su muerte en Africa, bajo el fuego enemigo, me causó tan violenta impresión de dolor, que durante muchos meses me mantuve desolada, triste, metida en mí misma, con la inteligencia embotada, sin adelantar en clase donde indefectiblemente me quedaba en el último puesto de la cola, sin jugar en el recreo, hosca y zahareña, y hasta sin rezar en la capilla, cansada, hastiada, deshecha... Tenía yo entonces trece años. Mis tías de la Cerda venían con mucha frecuencia al convento; sospecho que sus cargantes recomendaciones llegaron a agotar la paciencia de nuestra discreta Madre Superiora. Insistían en traerme durante las vacaciones a Almenar de doña Mencía, pero ante mi repugnancia a venir (yo guardaba mal recuerdo de este caserón sombrío entrevisto apenas en algunas estancias fugaces con mis padres), la Superiora consultó con mi tutor.

¡Mi tutor!... Era un hermano de papá, el único, el menor de los dos. Tío Rafael, como papá, es muy alegre, muy dicharachero, muy campechano; su mujer, tía Conchita, una andaluza con la gracia y la sal a chorros... ¡más simpática, más buena! Se me llevaron con ellos aquellas vacaciones, y otras, y otras. Tienen cinco niños que son un encanto. Recuerdo mis días de convivencia con ellos como un ciego puede recordar desde la noche negra de sus tinieblas las horas benditas en que veía la forma y el color. Porque hundirme a mí en el caos ha sido traerme a esta nobilísima casa de mis insignes parientas. El alma se me cayó a los pies cuando me llamó al locutorio tío Rafael para decirme que le destinaban a la Embajada de Washington y que saldrían para allá toda la familia la semana venidera; porque

ya sabía yo que aquella ausencia duraría unos años y que durante ellos, yo saldría del convento. ¿Dónde había de ir sino con mis pro sopopéyicas tías maternas, las de la casa de Ribagorza? Pues aunque tía Rosalía, una prima de papá que fué mi madrina, tomó con empeño reclamarme las cuatro hermanas tomaron a punto de honra no consentir que me albergara en otra casa que no fuese la suya. Así cayera un bolido y la arrasara.

Yo creía que nada en el mundo podría ser más soso, más aburrido, más triste que un convento; recuerdo con la crispación de alegría que oí a la Madre Superiora anunciarme mi salida del internado. Estuve a punto de empezar a bailar y a dar saltos como una loca, lo cual hubiera hecho, si afortunadamente no me detuviera el pensamiento de que iba a herir con tal exabrupto de gozo, que a ella le hubiese parecido extemporáneo, los sentimientos de la buena Madre cuyos ojos al sólo anuncio de la despedida ya se cuajaban de lágrimas. Gracias al Señor que ya no vería más las clases con sus encerados negros y sus mapas policromos, ni los sombríos claustros de recreo, ni el vasto dormitorio con sus lucecitas envueltas en pantallas verdes, ni el desolado comedor con sus largas mesas de mármol, ni el locutorio con el cuadro de honor y los divanes de veludillo rojo algo roídos por el uso... ¡Dios mío! Y hoy me volvería si me dejaran. Al menos allí tenía amigas, había algunas horas durante las cuales podía reírme, cantar, saltar, correr como una loca en los claustros, bajo sus arcadas románicas, o en los campos de juego del huerto conventual cercados de eucaliptos. Pero esto... ¡jesto!... Esto es irresistible. Yo me moriré o me volveré loca y mataré a algunas de las cuatro hermanas en un arrechucho.

Esta noche misma hemos tenido una pelotera padre. ¡Y con más poca substancia!

Tengo para mi uso exclusivo dos habitaciones: un gabinete y una alcoba; ésta tiene adosado un cuarto de baño y un roperito, el cual comunica con la habitación de mi doncella. La alcoba es tan grande como el locutorio del convento. Cuando me meto en la cama y Serafina apaga todas las luces, menos una lamparilla que deja enchufada sobre la repisa de



la chimenea, me sobrecoge una invencible impresión de miedo al ver danzar vagas sombras alargadas y misteriosas por las blancas paredes. Me tapo cabeza y todo con la sábana y le grito invariablemente a mi doncella:

—Serafina, por Dios, no cierres la puerta del ropero, que tengo miedo.

—¿Quiere la señorita que me espere aquí, a los pies de la cama, en un sillón, hasta que se duerma?—dice también Serafina sin variar, compadecida de mi debilidad. Ella es una mujerona fuerte y bien equilibrada, que no debe conocer tamañas flaquezas.

—Bueno. Ya que eres tan amable... —acepto reconocida.

En este vasto aposento, la cama antigua con pesadas cortinas de damasco amarillo, un poco desvaído por los años, pero siempre regio, parece una isla en medio del mar. Las cómodas panzudas, los arcones tallados, el viejo ropero, el tocador, las mesillas de noche, las butacas, las sillas... todo parece bailar en la amplitud inmensa de la cámara. ¿Por qué serán tan grandes las habitaciones de estas viejas casonas solariegas?

El gabinete es un poco más reducido y ofrece la particularidad de estar emplazado sobre uno de esos arcos tendidos como puente por encima de una calle lo cual permite disfrutar de dos miradores paralelos. Uno de ellos cae enfrente de la Catedral, en la plaza cuadrada con soportales, que llaman en el pueblo Plaza de Palacio, precisamente por estar enclavada en ella la hidalga mansión de los La Cerda.

En este gabinete, colgado de idílicos tapices deslustrados, artesonado ricamente, alfombrado con alcatifas de cuatro dedos de espesor, han hecho colocar mis tías el piano del salón para que yo me perfeccione en la música sin molestarlas, lo cual me ha venido de perlas para desahogarme cantando todas las tonadillas que me acomodan, a grito pelado. He de advertir que yo no tengo voz; canto como una rata cuando le pisan el rabo. Vamos al caso: hay un secreter de palo rosa, muy lindo por cierto, en el cual escribo mi correspondencia y mi diario. Yo no sé quien dirigirla el arreglo de mis habitaciones cuando se me esperaba en el Palacio; acaso fueran el ama de llaves o el ma-

yoróomo. El caso es que el secreter está colocado en mal sitio, a contraluz, y resulta que cuando escribo me tapo la claridad con la mano. Esta mañana estaba, escribiéndole a mi amiga Eva Zegrí cuando me he dado repentina cuenta de ello. Yo soy viva de genio. Ni corta ni perezosa he cogido el mueble de una pata, he empezado a tirones con él y lo he colocado en el lado contrario, poniendo el costurero en el lugar que antes ocupaba el secreter, ¡buena la hicie! Cuando a las cuatro ha entrado tía Leonor a decirme si la acompañaba a visitar a la marquesa de Dueñas, que vuelve a estar fastidiada con su reuma, y se ha dado cuenta del cambio de muebles, su indignación ha sido un verdadero río desbordado.

—Pero tía, por Dios, no es para tanto.

Y he tratado de demostrarle el motivo por el cual he verificado el cambio. No ha querido oírme.

—¿A mí que has de decirme?—ha exclamado muy digna y muy ofendida a la par.—Es el poco respeto que tenéis para la tradición todas las generaciones nuevas. ¡Dios mío! Un mueble que desde hace siglo y medio ha estado indefectiblemente en ese mismo lugar, sin que a ninguna de las personas de la familia que han ocupado estos aposentos se le haya pasado por las mientes el mudarlo de sitio. ¡Le parece a usted!

—Tía yo no pensé que usted se molestaría tanto, la verdad—repuse forrándome de paciencia y de humildad.

—¿Molestarme?... No es que me moleste precisamente. Es que me duele ver que eres al fin y al cabo como todas esas locas del día que no saben venerar el culto a lo pasado.

—Mañana sin falta la volveré a poner en su sitio—he dicho, resentida;—descuidé usted tía.

Y como no soy de piedra, he cogido el "rabo", me he negado a ir a casa de la marquesa, no he bajado a comer, a pesar de estar invitado el magistral que me es muy simpático, y he deshaogado mi rabieta echándome de bruces en la cama, llorando como una desconsada y diciéndole a Serafina que en cuanto cumpla la mayor edad nos largamos definitivamente de Almenar de Doña Mencía para no volver mientras el cuerpo nos haga sombra.



## A mi hija Pilar en el día de su boda

Yo te he visto, hija mía, delante del espejo colocando en tus hermosos cabellos negros los últimos prendidos de tu tocado de baile, y he sentido correr por mis ojos lágrimas de alegría al contemplar tus hechizos. Ahora te veo prender tu albo velo de novia, sembrado de la casta flor del naranjo; estás así aún más bella, y no se por qué las lágrimas que mi orgullo de padre me arranca son en este momento menos dulces. Extraño misterio del corazón! Vas a ser feliz en brazos del compañero escogido por tu amor. Vas a alentar con tu cariñosa devoción los nobles anhelos de tu joven esposo, a alegrar su espíritu con tu eterna sonrisa, a fundar un hogar santo en que resplandezca la virtud y ore el trabajo. Vas a fundir tu nombre sin tacha en otro nombre igualmente digno. Y, entonces por qué estas lágrimas?

Ay, hija del alma! La felicidad tiene sus crueldades. Ella te arranca de mi lado; ella me roba tu calor; ella te quita mi nombre.

Cuando en tu adorable frente estampo yo, mi tierno beso de despedida, apartando los azahares de tu diadema de desposada, ya te llamarás de otro;

cuando la mano de los amigos estreche la mía temblorosa en son de felicitaciones por tu dicha, mi corazón estará llorando tu despedida, y el cielo habrá puesto ya en el tuyo el sello perpetuo de tu dulce dependencia.

Vamos hija, la ley de la naturaleza, la ley del hombre, la ley de Dios, el instinto de tu ventura, el mandato de tu amor, me ordena anular los derechos de padre que sobre tí tenía.

Vamos, yo te pondré al pie del altar para que Dios bendiga mi propio despojo. Yo te acercaré al pecho que te ha ganado, y te daré a los brazos que me han de reemplazar para guiarte en la vida. Y pelearán en mí entre tanto estos dos sentimientos que me agitan; el dolor y la alegría. Sonreiré viéndote dichosa y lloraré viéndome sin tí.

Arbol viejo soy ya, y siento dolor al desprenderme de mí una rama. La naturaleza reclama sus derechos y el corazón defiende los suyos.

Vé hija, y renúnciame.

Hágate feliz tu digno elegido, y mi alma se elevará agradecida al Creador, que hizo esta ley cruel y bendita; de que los padres entreguen a sus hijas.

*Nicanor Bolet Peraza (Venezolano)*

## Los Sabios y la Religión

La religión desaparece: lo da a entender la aplastante mayoría de sabios que viven sin religión.

### *Respuesta:*

Es una verdad lamentable que hay muchos, de esos que se llaman ahora *sabios*, que viven totalmente distanciados de la religión, y aún que la niegan paladina o abiertamente. Pero este hecho nada prueba contra la verdadera religión.

En primer lugar, porque hay también

muchísimos sabios, cultivadores de todas las ciencias modernas, que son religiosos cristianos y católicos. Esto basta para probar que no hay contradicción entre ser *sabio* y ser religioso; pues si la hubiera, el que es religioso, dejaría por el mismo caso de ser *sabio*. Que haya muchos sabios de primer orden religiosos, lo proclaman los Pasteur, los Marconi, los Branli, los de Quatrefages, los Secchi, los Arago, los Le Verrier, los Lavoisier, los Newton, los Ampere... y otros muchos, verdade-



ra pléyade, cuya autoridad bien merece ser ponderada y apreciada.

Pero demos que fuera indiscutible la superioridad *numérica* de sabios que no profesan ninguna religión y aún impugnan toda religión: cosa más fácil de decir que de probar. Desde luego, si se trata de sabios que *niegan toda religión*, creemos sin duda alguna que su número es muy inferior al de los que profesan o admiten alguna.

Lo que no tiene duda es que la inmensa mayoría de esos *sabios* que no profesan ninguna religión, son *ignorantísimos en materia de religión*, y, por lo tanto, no tienen ni voz ni voto en materias religiosas.

Hay *sabios* astrónomos que no saben una palabra de Historia, y *sabios* historiadores que ignoran totalmente la Astronomía o la Química. ¿Qué vale el voto de los primeros en materias his-

tóricas, o el voto de los segundos en materias astronómicas o químicas? Nada absolutamente, pues en esas ciencias no son sabios sino ignorantes.

Por la misma razón: el testimonio de los naturalistas, matemáticos, etc. que *no saben religión*, nada absolutamente vale, a pesar de su decantada sabiduría, en materias religiosas. La cosa es clara.

Por consiguiente, cuando se trata de *sabios y de religión*, concrétese el número de los testigos interrogados a los que son *sabios en religión*, y se hallará que, entre ellos, la casi totalidad, la inmensa mayoría, son religiosos, son cristianos, son católicos.

Ni hay que temer que conforme vaya aumentando la cultura científica, vaya desapareciendo la religión. Al contrario, la verdadera ciencia lleva a Dios; la Historia lo confirma.

#### NUESTRO CUENTO PARA HOY

### Todo se pasa...

Par CARLOS DE MURO

Un recuerdo, lector amado, nos hace revivir tantas épocas, nos hace retroceder tantos años en el camino de la existencia... A veces un recuerdo hace brotar lágrimas de los ojos; de los ojos del corazón, porque el corazón también llora...

Cuantas veces al contemplar una hoja desecada entre las hojas de un libro, una fecha, al oír las notas de una melodía... revive en nosotros el momento que fué... los días pasados que, como las golondrinas del poeta, nunca más volverán; y entonces, al contemplar esa flor, esa fecha, al oír de nuevo las notas de esa melodía, tal vez acuda a nuestra mente la idea de que al cabo del tiempo también nosotros seremos sólo un recuerdo que perdure borroso, como la fecha escrita, frágil cual la flor desecada, en la mente de los seres queridos.

Aquel día, cuando revolviendo entre los viejos papeles encontré el retrato de mi amigo Luis de Grijalbo, un sin fin de recuerdos se agolparon

como un tropel a mi imaginación. Por toda dicatoria solamente tenía escritas dos fechas: ¡dos fechas, que para mi compendiaban la existencia pasada de mi pobre amigo! E impelido suavemente por aquellas dos fechas de recuerdo, recordé...

Fué una tarde muy parecida a la de hoy. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a ver a mi fraternal camarada de colegio. Casi tanto, como hacía que abandonamos los tutelares muros del pensionado, marchando cada cual a ocupar nuestro puesto en la vida. Así pues me sorprendió gratamente el anuncio de su visita.

Caíamos el uno en los brazos del otro permaneciendo unidos unos momentos, durante los cuales, yo rememoré los días lejanos del colegio, aquellos días tan dulces, tan bellos, en los que navegaba mi alma por la mar serena de una existencia inocente e ingenua. Luis me habló, haciéndome volver a la realidad.

—¡Cuánto tiempo ha pasado!



—Mucho — le contesté. — Casi una vida.

—¿Casi una vida? — repitió Luis interrogando para luego afirmar: ¡Toda una vida, amigo, toda una vida!

Las palabras de Grijalbo me hicieron comprender que algo grave debía haberle sucedido. Afianzabase mi sospecha al contemplar aquel rostro, antaño tan animado y sonriente, hoy demacrado y como cubierto de mortal angustia, en el que la boca se contraía en un rictus de cansancio y hastío; toda su persona tenía ese aire "doloroso" de los seres que han sufrido mucho.

Durante mi vida, he visto gentes a las cuales sabía, positivamente, que afectaban grandes desgracias, enormes cataclismos y derrumbamientos espirituales; pero, o poseían una virtud heroica o tal vez su refinamiento en la ficción era tan exquisito, que de no saber yo la *verdad*, toda la *verdad* de sus vidas, hubiérales tomado por los seres más felices del universo.

Mas en Luis Grijalbo, por lo visto, la virtud no existía; y la vanidad no poseía fuerza suficiente para sostenerle en un estado de mayor disimulo.

El caso era que mi pobre amigo, sin ninguna fuerza interior, me habló, buscando sin duda, un alivio en la confidencia.

—Amigo mío: veo en tus ojos que me miras con extrañeza; tal vez costándote trabajo reconocerme a través de lo avejentado de mi rostro, de lo abatido y apesadumbrado de mi aspecto. Pues si vieras mi alma, si te fuese dable contemplar mi espíritu, sería mayor tu extrañeza al verle muy otro de aquel ayer feliz de nuestra vida de colegiales.

—¿Te acuerdas, amigo, de la última vez que nos vimos desde que salimos del colegio? Ambos habíamos terminado nuestras carreras. Tu te disponías a ejercerla animado de noble esperanza en el porvenir, yo... por desgracia mía, lo comprendo hoy, que ya es tarde, me encontré en posesión de la fortuna que me legaran mis padres, y en posesión también de unas ansias locas de divertirme desenfrenadamente. ¿Mi carrera de abogado? ¿Quién pensaba en ella! Más tarde, cuando hubiera saciado aquel ansia de vivir que me abrazaba. ¿Recuerdas lo que tú me dijiste? Yo jamás lo olvidaré. Pues aunque en-

tonces no paré mientes en ello, después, cuando mi corazón sufrió los primeros desengaños, tus palabras me salieron al paso como para reprocharme el no haberlas tenido antes en cuenta: "Luis, procura reprimir esos deseos tan vehementes de tu corazón, cuidando siempre de ser tú el señor y no esclavo de ellas."

Por desgracia, fui yo el esclavo, lo sigo siendo, y no tengo esperanzas de poder romper la horrosa cadena de mi esclavitud. ¡Oh, amigo!, en el horizonte de mi alma todo es negrura; una noche oscurísima envuélveme en el manto lúgubre de sus tinieblas. He venido a caer en un abismo donde no hay salvación. ¿La causa de mi desgracia? Yo mismo. El "yo" constantemente halagado, que a fuerza de no contradecirle, se ha erigido en despótico tirano. Quise vivir, saciarme de vida, apurar por entero la copa del placer, y al final he encontrado con la decepcionante realidad, que me ha mostrado ser muerte lo que soñé era vida; amargura y dolor, lo que creí deleite.

Guardó silencio Luis, como abrumado por el peso de tanto dolor, y yo entonces le interrogué:

—Pero, Luis: tú no eras malo, tú no tenías vicios, como, pues, has venido a caer en este estado?

—Bien es verdad, amigo, que no era malo; pero tampoco era bueno. No vicioso; pero tampoco virtuoso. En esta disposición me lancé el torbellino de la vida, desprovisto de la coraza necesaria para la lucha y, naturalmente, sucumbí en la batalla. Fuí como un navegante que naufraga su embarcación, cae en las aguas sin tener donde asirse. Ese soy yo, amigo, un naufrago, es decir, el cadáver de un naufrago despreciado por las olas después que ha dejado la vida entre su espuma.

Las últimas palabras fueron dichas con tal desaliento, con tanta tristeza, que transido de dolor por la pena de mi amigo, quise consolarle:

—Luis, no creas que tu alma está muerta. No creas que el mundo y no la vida como tú erróneamente crees, tiene poder para matar tu alma. No creas que los desengaños, las amarguras todas, motivadas por las ruindades de los hombres, por las pasiones desenfrenadas, por



el oculto enemigo de nuestra salvación, pueden privar la vida de tu espíritu. No Luis, no lo creas. Recuerda las cristianas enseñanzas que hemos recibido. Recuerda que todo corazón arrepentido halla una aurora de solución en la cruz de Cristo, que le libra del total naufragio. Recuerda... ¡oh, recuerdo! a la Virgen del colegio a la que tantas oraciones rezaste...

¡Pobre amigo! El recuerdo de la Virgen obró el milagro de reanimar su alma aletargada. Su cuerpo vivió poco tiempo. A los dos meses,

consumido por cruel tuberculosis, moría en mis brazos besando una imagen de María.

Hoy, al contemplar su retrato, en el que hay puestas dos fechas, una escrita por él, y la última por mí, el ayer que pasó revive en mi cerebro, como la flor desecada en las hojas de un libro, borroso como la fecha escrita en un tiempo lejano, tenue como la nota perdida de una suave sonata, y me hace recordar las palabras de la gran Teresa de Jesús: "Todo se muda... todo se pasa..."

## El Matrimonio y la situación económica

Por Sara Poggi

La mujer que no debe trabajar para contribuir pecunariamente al sostén del hogar, está siempre en condiciones de casarse, pero el hombre o está en idéntica situación, y si quiere formar un hogar estable debe meditar tanto en las cualidades de la mujer que elige para compañera como en la seguridad de subvenir siempre en la misma medida a las necesidades de ambos y de la futura familia. Muchos jóvenes se casan con sueldos exiguos o inseguros, experimentando en la mejor época del matrimonio graves contrariedades.

El hombre que se casa en esas condiciones sufrirá las consecuencias de su precipitación; primeramente, si la esposa vivía confortablemente en la casa paterna, y por amor aceptó pasar privaciones junto al hombre que amaba, él está moralmente obligado a evitarle toda suerte de sufrimientos, lo cual no es posible cuando se experimentan vicisitudes económicas; luego, un hombre que subviene fácilmente a las necesidades del hogar es dueño de casa real, el jefe indiscutible con autoridad para ser obedecido y consultado en todas las disposiciones importantes, pues los regateos con la esposa y la necesidad de vivir con muy poco, privándose muchas veces de cosas indispensables, disminuyen la autoridad del jefe de familia, inmiscuyéndole en menesteres domésticos que no le corresponden.

Bien es cierto que muchos novios se casan en mala situación económica porque un largo noviazgo, origen de críticas y comentarios desfavorables, les obliga a tomar tal decisión, pero ¿no fuera preferible pasar por alto dichas críticas y comentarios, postergando un hecho tan importante para mejores tiempos, y hasta desistir de él, a correr el albur de comprometerse irremisiblemente en una senda que será para ambos fuente de sufrimientos y miserias sin fin? Por-

que ya pasaron los tiempos en que el trabajo se ofrecía pródigamente a todo el que tuviera voluntad de trabajar, ni poseen los hombres modernos aquella inagotable energía de nuestros abuelos, que trabajaban de sol a sol para labrar un halagüeño porvenir a la familia; hoy ningún trabajo rinde ciento por uno ni está a la merced de quien quiera trabajar, y la gran mayoría de los hombres parecen tener la voluntad debilitada por el cúmulo de desesperanzas que trae mucho agitarse con poco beneficio.

Una cosa es pasar vicisitudes económicas varios años después de constituido el matrimonio, cuando los cónyuges están experimentados y aptos para luchar juntos por la vida y la familia, pero otra muy diferente es iniciarse en él bajo esos desfavorables auspicios; en el primer caso, fuerza y virtud será soportar con resignación y buena voluntad toda suerte de contingencias, pues ya han tenido ambos tiempo de conocerse y comprenderse, vale decir, de amarse en esa forma poco romántica pero inapreciable que acepta sonriendo todos los sacrificios y penurias, pero en el segundo se trata de dos personas jóvenes, inexpertas o ilusionadas, que esperan de la vida un fin de venturas, y así no tenerlas de entrada pueden caer en una desinteligencia fatal para su amor y la armonía del hogar, creándose uno de esos conflictos deplorables en el que la mujer reprocha al esposo su ineptitud para sostener confortablemente el hogar común, y éste a aquélla la inconsideración de sus esfuerzos y sus ambiciones desproporcionadas a lo que él puede darle.

Por eso debe tenerse la prudencia de no precipitar la realización del matrimonio cuando el hombre no está en condición económica de hacerlo, sobre todo cuando se es joven y hay mucho tiempo por delante para materializar las esperanzas del amor.



## Para los Agricultores

### El Limón y sus diversos usos

El limonero es propio de los países subtropicales originario del Asia, de las primeras plantas que aparecieron en Europa; introducidas por los romanos; las propiedades de su corteza se conocen desde tiempos inmemoriales. Por estas virtudes y la importancia de sus múltiples derivados industriales en forma de esencias, ácidas, citrato y otros, constituye uno de los frutos más útiles para la economía doméstica.

Para la higiene del cuerpo es ante todo purificante y constituye un desinfectante de primer orden.

Usándolo para las manos las deja limpias desengrasadas y blancas, y así puede hacerse todo el cuerpo disolviendo el jugo en el agua lista para lavarse o friccionarse con tajas de limón: también es muy indicado para la higiene de la boca y los dientes.

Unas gotas de limón en el agua para enjuagarse la boca antes de acostarse, constituye un excelente preventivo. Con esa misma fórmula se obtendrá un buen lavado para tonificar la vista, usándolo todas las mañanas al levantarse.

El limón es un gran remedio para evitar la diabetis y también cura el reumatismo. Puede decirse que el limón es una verdadera panacea para casi todos los males y muy principalmente para la piel. Cura las escoriaciones y los sabañones; bastará colocar una rebanada de limón sobre los callos para evitar los dolores que causan los mismos y ablandarlos a fin de extraerles fácilmente.

Es muy especial para los males de la garganta y para la gota. Lavándose la cabeza con jugo de limón, se limpian las secreciones grasosas del cuello cabelludo, se evita la caída del pelo, el cual queda desengrasado y brillante.

Si se mezcla con vino, ayuda a la

digestión y le da un riquísimo sabor; también se le toma como sangría y gran alivio para la sed. Tomando el limón con el té, o el café, tonifica el corazón nervioso.

Si se disuelve el jugo de un limón en una yema de huevo y se toma el ponche así mezclado después de las comidas se obtiene un gran digestivo muy empleado por los ingleses y por los viajeros del mar.

La corteza del limón rayada, agregándole un poco de azúcar, forma un excelente vermífugo.

Los usos de limón en la cocina son muchos y bien conocidos por las dueñas de casa y de la servidumbre que trabaja en repostería. Sirve muy principalmente en la salsa para el pescado al cual trasmite un gusto exquisito.

Es perfume indispensable para la preparación de ciertos dulces y licores.

El limón no debe faltar en ninguna casa bien administrada.

Hay un adagio que dice: "Es inútil como un limón exprimido"; pero esta frase es completamente falsa, porque los limones exprimidos después de haber proporcionado tanto bien y haber servido para tantos usos diversos se emplean entonces en la limpieza de la batería de la cocina y para devolver la suavidad y blancura a las manos que trabajan.

Como árbol pocos pueden igualarse al limonero, por la gracia de su forma, por el terso verdor de sus hojas, por el perfume de sus azahares y la inagotable producción de la planta.

El limonero se emplea para construir cercas tupidas que se vuelven impermeables hasta para las aves pequeñas. Bastará enterrar limones maduros a una o dos cuartas de distancia, a todo lo largo de la cerca que se desea formar



para que nazcan las semillas que cada limón lleva adentro, durante el tiempo de las lluvias. La cerca quedará formada en poco tiempo y es de una duración perdurable.

El limonero es planta que adorna cualquier jardín y que no debiera faltar

en ningún pedazo de tierra donde dé el sol.

En la antigüedad era tenido como augurio de muy buena suerte, comparando este prestigio con la salvia y el romero, plantas sagradas del hogar doméstico.

## RECETAS DE COCINA

### *Ensalada Margarita*

Se cocinan en agua hirviendo con sal y separadas, zanahorias, remolachas, nabos, arbejas, papas cocinadas con cáscara, cuando las legumbres están suaves se escurren y se dejan enfriar sin mojarlas en agua fría; las legumbres se pican finamente y se mezclan con una mayonesa bien espesa y se echan en un platón alisándolas encima con un cuchillo y más mayonesa para que no se vean las legumbres. Se cocinan 6 huevos duros, tres se dividen a lo largo en seis partes y se les sacan las yemas y seis se dividen en rueditas, sacándoles también las yemas; a estas rueditas se les hacen piquitos alrededor; las yemas se majan muy bien añadiéndoles una cucharada de mantequilla, sal y pimienta; en el centro de la ensalada se forma una margarita cuyo centro se hace con un poquito de la yema preparada, dándole forma redonda y por encima se le hacen cuadrillos con un tenedor; los pétalos de la margarita se forman con la parte blanca de los huevos que se cortaron en seis partes; alrededor del platón se colocan las rueditas piqueadas de clara de huevo y en el centro de las rueditas, donde estaba la yema, se rellena con la yema preparada y se espolvorea con perejil bien lavado, enjutado con una sevilleta y picado finamente.

### *Galletitas de queso para té*

Se ponen en la tabla de amasar 150 gramos de harina, se le hace un hueco en el centro y ahí se ponen 75 gramos de mantequilla, media cucharadita de sal, 2 yemas de huevo y 60 gramos de

queso rallado, ojalá queso de bola, suave, se mezcla todo muy bien, si no se junta se le agrega un poquito de agua fría, hasta formar una bola, se pone en un plato y se mete en la nevera durante una hora; luego se extiende con el bolillo en forma de rectángulo, se dobla en tres partes y se vuelve a extender con el bolillo en forma de rectángulo, espolvoreándola con harina y se vuelve a doblar en tres partes, se vuelve a poner en la nevera durante un cuarto de hora; luego se extiende con el bolillo hasta que tenga medio centímetro de grueso, se cortan rueditas que se van colocando en cazolejas untadas de grasa; encima se les unta con una brocha clara de huevo batida ligeramente, encima se espolvorean con polvo de queso y se ponen a asar en el horno caliente, hasta que estén doradas; si se hacen la víspera se guardan en cajas de lata.

### *Hojitas*

Se deslién en una fuente honda, 100 gramos de harina, dos yemas de huevo, la punta de una cucharadita de sal, una cucharada de sopa de azúcar, un vaso de agua de los de casco de leche fría y se mezcla todo con el batidor; se untan cazolejas de grasa y se espolvorean con harina, con un aparato de hacer galletitas o con una bolsa de adornar queques se echa la pasta en forma de hojitas en las cazolejas, y se ponen a asar en el horno caliente hasta que estén doradas, se sacan del horno, se dejan enfriar un ratito, y con un cuchillo se despegan y se colocan en un cedazo para que se enfrien.



# Dr. Ernesto Bolaños Araya

MEDICO CIRUJANO

Especialista en las enfermedades de la Nariz, Garganta y Oídos

Despacha en la clínica que era del Dr Figueres, contiguo al despacho del Dr. Corvetti, de 10 a 12 a. m. Teléfono 2400

## Dr. EDWIN FISCHEL R.

D. M. D.

Cirujano Dentista de la Universidad de Harvard

Ofrece sus servicios profesionales en la Nueva Clínica Dental del Dr. Max. Fischel. 50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

Teléfono 3105

## CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHEL, Dentista Americano  
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

### Rayos X

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

## Consultorio Optico

### "Rivera"

EXAMENES CIENTIFICOS DE LA VISTA  
LENTE Y ANTEOJOS DE TODOS  
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

## Dr. G. Quirós Quirós

MEDICO OSTEOPATA

(De la Universidad de Karsville, Missouri)

SU OFICINA CONTIGUO AL TEATRO  
VARIEDADES, LADO NORTE

Horas de consulta: DE 10 a 12 DE LA MAÑANA  
DE 2 a 5 DE LA TARDE

TELEFONOS

OFICINA 2716 :: HABITACION 2787

EN LA  
TIENDA DE

## CHEPE ESQUIVEL

encontrará usted las mejores clases de

## CAPAS de HULE

PRECIOS SIN COMPETENCIA

## GMO. NIEHAUS & CO.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"  
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"  
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"  
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.  
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO".

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 - Teléfono 2131



# Pensamientos para reflexionar

G. Palau, S. J.

## Para nuestras jóvenes

- 1 Ya quisieras dejar esta vida. ¡Tánto es lo que estás atribulada!
- 2 No bien sales de una pena, ya otra mayor se apodera de tu espíritu.
- 3 Nadie te quiere. Todos te molestan. Unos te ofenden; otros te persiguen.
- 4 ¿Quién hay que comprenda tus pesares?
- 5 ¿Ni el Corazón de Cristo, que tanto padeció por tí y que tanto te ama?
- 6 ¡Ay, cuán poco sabes amar y cuán poco sabes sufrir!
- 7 Si tanto es lo que padeces, ¿por qué no aprendes de Cristo llagado y pendiente de una cruz?
- 8 Todos se muestran insensibles ante tus dolores y aflicciones. Y, ¿acaso tu has sentido alguna vez internamente lo que por tí padeció Jesucristo?
- 9 ¿Has comprendido bien qué es ser Dios y ser despreciado; amar con amor infinito, y no ser correspondido?
- 10 Si tanto te asemejas a Cristo en las penas, ¿por qué no le amas?, ¿por qué no le imitas?
- 11 En el padecer está la ciencia de la vida.
- 12 Nadie conoce tan bien la vanidad de este mundo, como el que ha gustado los sinsabores de sus frutos.
- 13 Las penas y dolores nos recuerdan que hay otra vida mejor; que si somos mortales, también somos inmortales; que si ahora padecemos con humildad y resignación, después gozaremos por siglos sin fin con Jesucristo.
- 14 Ya llegará la hora del eternal consuelo.
- 15 El mismo Dios pesa ahora la intensidad de tus dolores y tristezas para recompensarla en el reino de la gloria con premio eterno.
- 16 Poco sabes de la senda de gozar cuando tanto aborreces ahora el padecer.
- 17 Si conocieras los peligros del vivir entre placeres, no sentirías tan mal de la amargura de las penas.
- 18 Vale más una hora de tristeza, bien sufrida por amor de Jesucristo, que mil siglos de vanísima alegría entre miserables pecadores.

## Pictorial Review

El patrón más exacto

El más elegante

Lo encuentra Ud. en la

TIENDA DE DON NARCISO

## Para prevenir las enfermedades de la garganta, gripe y difteria

- 19) Lavarse y enjuagarse los dientes y la garganta al levantarse y al acostarse. Para ello puede emplearse el bicarbonato de sodio en la proporción de una cucharadita en cada vaso de agua caliente.
- 20) Lavarse bien las manos.
- 30) Fumar lo menos posible.
- 40) No tomar bebidas alcohólicas.
- 50) Abstenerse de concurrir a espectáculos en caso de epidemia.
- 60) Comer sobriamente; masticar bien.
- 70) Tratar de evacuar el intestino diariamente; para ello la forma más sencilla consiste en tomar magnesia calcinada todas las noches al acostarse, en la cantidad de una cucharadita disuelta en agua, siempre que exista retención.